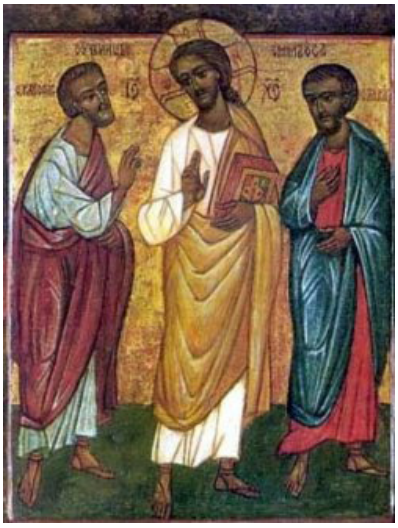

«Dios resucitó a Jesucristo de entre los muertos,

y nosotros somos testigos de ello» (Hch 3,15)

Queridos Hijos y Hermanos,

Los Evangelios de este tiempo Pascual nos refieren las apariciones de Cristo resucitado, sobre todo a sus apóstoles, a quienes constituyó en testigos de su resurrección. San Pedro, en la Primera Lectura, dice a los israelitas: «A este Jesús, a quien vosotros matasteis clavándolo en la cruz por mano de los impíos... a éste, Dios lo resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,23.32). Y también lo dice en su predicación a los gentiles en la casa del centurión romano Cornelio: «Nosotros somos testigos de todo lo que hizo Jesús de Nazaret en la región de los judíos y en Jerusalén; a quien mataron colgándolo de un madero; a éste Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros, que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos» (Hch 10,39-41).

Los apóstoles manifestaron desde el comienzo su condición de *testigos* de Jesucristo Resucitado, porque el mismo Jesús les había encomendado esta misión. El Evangelio de hoy se concluye con estas palabras del Señor: «Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24, 48). Y el libro de los Hechos de los Apóstoles de San Lucas, comienza con la Ascensión de Jesús al cielo, después de decir a sus apóstoles: «Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

Por todo lo dicho anteriormente, vemos que ser apóstol, ser cristiano, es *ser testigo*, es dar testimonio de lo que los apóstoles han visto y oído, y que nosotros conocemos por fe. Jesús ha muerto, y Jesús ha resucitado. Y esto constituye un hecho histórico, aunque algunos teólogos lo nieguen hoy día. Y negándolo estén fuera de la fe católica). Y es un hecho fundamental para la fe cristiana, porque confirma la divinidad de Cristo. Todo lo que Él ha dicho y obrado queda ratificado por su resurrección. Para los apóstoles y para nosotros, desde la resurrección, toda la existencia se ilumina mientras que *para los no creyentes su propia vida es un enigma no resuelto.* La resurrección de Jesús desborda la historia humana, porque anticipa el fin de esa misma historia, la plenitud final de los tiempos.

Como bien sabemos, el precio que tuvieron que pagar por este testimonio los apóstoles y tantos cristianos en la historia humana, es el mismo que sufrió Cristo Nuestro Señor: nada menos que dar la propia vida. Así, su palabra los fue llevando uno tras otro al martirio... Pero, como dice el libro del Apocalipsis: «Ellos vencieron, en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron» (Ap 12,11). La fe de la Iglesia se basa entonces sobre el testimonio de los apóstoles, sobre su vida y, sobre todo, sobre su muerte. Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica enseña: «Como testigos del Resucitado, los apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía» (CEC 642). Este testimonio que podemos llamar apostólico continúa también hoy en la Iglesia. El Concilio Vaticano II le dio gran importancia hablando de los obispos y de los sacerdotes como «testigos de Cristo y del evangelio» (LG 21; 25). El Papa, los obispos y todos los cristianos, cada uno en su sitio, pueden ser vistos bajo esta misión: ser testigos, esto es, ser mártires de la resurrección de su Señor.

Pidamos a María Santísima en este día de modo particular por el Papa y los Obispos, sucesores de los apóstoles, y primeros depositarios de la misión de dar testimonio de la verdad, de la grandiosa verdad de la Resurrección de Cristo. Y pidamos también por todos nosotros, para que seamos testigos y mártires de nuestra fe católica, de la muerte y resurreción de Jesucristo ante un mundo que hoy lo niega, lo excluye, lo persigue y lo mata de tantas formas sutiles. Que el Espíritu de la verdad nos dé luz y fortaleza para proclamar gozosos la Buena Nueva de la Resurrección de Jesucristo. Amén, ¡Aleluya!